

mi voz resuena en las colinas, en los valles, en las fuentes y en la fresca sombra de las enramadas, que de mi aprenden sus alabanzas. ¡Bendito seas, Señor del Universo! Que tu bondad, como hasta aquí, nos dispense únicamente bienes; y si la noche ha producido ó encubierto algún mal, ahuyéntalo, como la luz ahuyenta las tinieblas en este instante.»

Expresion de su inocencia era plegaria tan fervorosa, terminada la cual, recobraron sus ánimos la profunda paz y la acostumbrada calma. Apresuráronse á volver á sus faenas campestres de la mañana, por entre prados cubiertos de rocío y de flores; y llegaron á un plantel de árboles frutales que por su excesivo crecimiento extendían su espeso ramaje más de lo conveniente, y necesitaban que una mano experta reformase su estéril pompa. Acercan también la vid al olmo para unirlos entre sí; la cual, como amante esposa, le ciñe con sus flexibles brazos, y le ofrece en dote sus racimos, y embellece con ellos su inútil hojarasca.

Viéndolos ocupados de esta suerte el supremo Rey del cielo, se apiadó de ellos, y llamando á Rafael, el espíritu amigable que se dignó de viajar con Tobías, y favoreció su matrimonio con la doncella siete veces casada¹: «Rafael, le dijo, ya sabes la perturbacion que, fugándose del infierno y atravesando el tenebroso abismo, ha movido Satan en el Paraiso terrestre, y la inquietud que ha causado esta noche á los dos humanos que allí viven, proponiéndose con la ruina de ellos labrar á la vez la de su descendencia. Vé, pues, allá; emplea el resto del día en conversar con Adán, como entre sí conversan los amigos. Le encontrarás en un sitio sombrío y retirado que le preserva del calor del mediodía, y donde con el alimento y el descanso repara las fuerzas gastadas en sus diarias fatigas. Háblale de modo que le hagas comprender su dichoso estado; que de su voluntad depende su dicha, de su voluntad, que aunque libre, es también mudable, por lo que debe andar precavido y desconfiado, no llegue á perderse por exceso de confianza en su seguridad. Háblale asimismo de los riesgos á que está expuesto, de quién debe recelar, y del Enemigo que, por haber sido expulsado poco há del cielo, procura que los demás se hagan también indignos de tal ventura, no empleando á este fin la violencia, que le sería perjudicial, sino el engaño y la seducción. Prevénte, en suma, de cuanto debe hacer, no sea que delinquiendo voluntariamente, alegue después que ha obrado por sorpresa, por falta de consejo y de prevision.»

(1) Sara, cuya historia es bien conocida.

Esto ordenó el Padre Eterno; con lo que dejó enteramente satisfecha su justicia. No demoró un punto al alado Ministro el cumplimiento de aquel mandato, y de entre la innumerable multitud de serafines en que estaba, cubierto por sus grandiosas alas, alzó el rápido vuelo y cruzó por en medio del firmamento. Apartábase á uno y otro lado las angélicas legiones para abrirle paso á través del camino del Empireo, hasta llegar á las puertas del cielo, las cuales se abren de par en par por sí solas, girando sobre sus goznes de oro, que con tan divino arte el sabio Autor de todo las había dispuesto. Desde allí, ni nubes ni astro alguno se interponen á sus miradas, y vé la tierra, pequeña como en sí es y semejante á los demás globos luminosos, y vé el jardín de Dios coronado de cedros por encima de las más altas montañas. Así, aunque ménos distintamente, contempla el observador durante la noche, por medio de los cristales de Galileo, tierras y regiones imaginarias en lo interior de la luna; y así descubre el piloto como una mancha nebulosa al aparecérsese, las islas de Dèlos y Sámos entre las Cícladas.

Prosigue el Ángel bajando con acelerado vuelo, y cruza la inmensidad del espacio aéreo, y surca mundos y mundos, seguro de sus fuertes alas, ora impelido por los vientos del polo, ora sacudiendo velozmente el movable aire; hasta que llegando al límite á que pueden las águilas remontarse, mirábanle todas las aves asombradas como al fénix, único en su especie, cuando para depositar sus preciosas cenizas en el fulgente templo del Sol, encaminaba su vuelo á la egipcia Tébas. Descendiendo después sobre la cumbre oriental del Paraiso, recobra su aspecto de alado serafín. Seis alas velan sus divinas formas: las dos que cubren sus anchos hombros, le caen sobre el pecho como un magnífico manto real; los dos de en medio ciñen su talle como una estrellada zona, y orlan sus riñones y cintura con menudas plumas de oro y tornasoles copiados de los del cielo; y las otras dos resguardan sus piés, adheridas á sus talones, con plumas esmaltadas del color del firmamento. Mostrábase semejante al hijo de Maya, y al sacudir sus plumas, llenaba de celestial fragancia el anchuroso espacio que en torno le circuea.

Reconociéronle al punto las legiones de ángeles que custodiaban el Eden, y le recibieron con el honor debido no sólo á su dignidad, sino á su misión sublime, porque desde luego adivinaron toda la importancia de la que iba á desempeñar. Pasó por delante de sus esplendentes tiendas, y entró en el bienaventurado campo, atravesando odoríferas florestas de mirra y casia, de nardos y de bálsamos, que sobrepujaban en dulzura á todo encarecimiento; porque

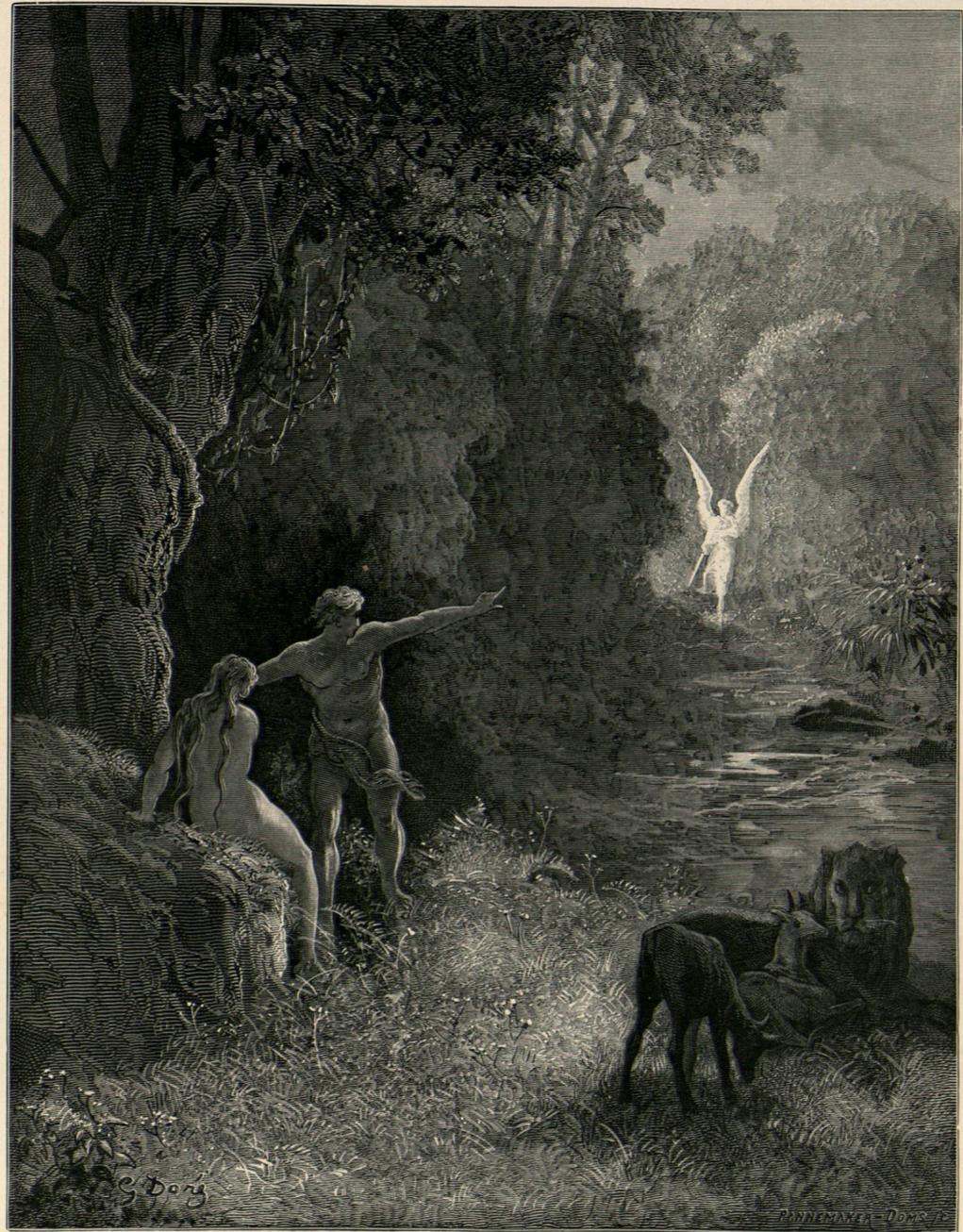
exuberante allí y risueña como en su primavera, la naturaleza, desplegaba todos sus encantos juveniles y vertía á manos llenas sus más gratos tesoros en medio de aquel silvestre espectáculo, superior á toda perfeccion artistica.

Sentado á la entrada de su fresca gruta, le vió Adán segun iba adelantándose por en medio de la aromática floresta. Desde su mayor elevacion, lanzaba directamente el Sol sus encendidos rayos hasta lo más profundo de la tierra, calor excesivo para Adán; y Eva estaba en lo interior de su albergue, á la hora en que solia, preparando para su comida los sabrosos frutos, que con sólo ser gustados, eran deleite del apetito, y al propio tiempo despertaban la sed del néctar que la leche, el jugo de ciertas frutas ó los racimos de la vid les suministraban. Llamó, pues, Adán á su Esposa, diciendo:

«Ven, Eva, corre, verás un objeto digno de contemplarse: á la parte de oriente, entre los árboles, y caminando en esta direccion, viene una figura ¡oh, qué radiante! Parece una segunda aurora que brilla en la mitad del dia. Algun mandato del cielo nos trae quizá, y se dignará de ser hoy nuestro huésped. Apresúrate á ofrecerle las mejores provisiones que guardes; no escasees prodigalidad alguna, y recíbele con todo el honor debido á un mensajero celeste. Á nuestros bienhechores debemos corresponder con sus propios dones, y mostrarnos liberales de lo que tan liberalmente se nos concede, ya que la naturaleza multiplica aquí sus inagotables tesoros, y que al desprenderse de ellos para hacerse más fecunda, nos enseña á no ser avaros.»

Á esto replicó Eva: «Adán mio, á quien Dios ha consagrado como modelo de la tierra que animó Él mismo: el cuidado de guardar lo que ha de servirnos para alimento, es inútil aquí donde las estaciones se encargan de proveernos de todo, á no ser aquellos frutos que mejoran reservándose, porque pierden así su humedad supérflua. Pero no omitiré solicitud alguna, y juntaré de cada planta, de cada árbol, de cada sabroso fruto lo que más digno me parezca para agasajar á ese angelical huésped, el cual se convencerá de que Dios ha derramado sus beneficios en la tierra como en el cielo.»

Y sin perder más tiempo, se dispone á proceder con la mayor diligencia y á desempeñar sus quehaceres hospitalarios, pensando en cómo escoger lo más delicado, lo que más se acomodase al gusto, sin mezclar cosas extrañas ni de mal aspecto, sino de una agradable variedad que contribuyese á aumentar su agrado. Discurre de un lado á otro, y de los más tiernos tallos arranca cuanto la



A LA PARTE DE ORIENTE, ENTRE LOS ÁRBOLES, Y CAMINANDO EN ESTA DIRECCION.....

tierra, madre universal, produce en la India oriental y en la de Occidente, en las orillas del Ponto, en las costas de Africa, ó en el país en que reinó Alcinoó ¹; frutos de toda especie, de dura cáscara, de blanda piel, unos lisos, vellosos otros. De ellos hace largo acopio, que amontona con mano pródiga; exprime los dorados racimos, que le dan un licor inofensivo y grato, y de simientes y dulces almendras que tritura, saca almibarada crema. No carece de vasos puros que contengan una y otra bebida; y por fin cubre el suelo de rosas y arbustos olorosos, que para serlo no habian menester de fuego.

Entre tanto se adelanta nuestro primitivo padre á recibir á su divino huésped, sin más séquito que sus cabales perfecciones, que constituian toda su grandeza, incomparablemente mayor que la enojosa pompa que arrastran en pos los principes, con tantos corceles ricamente enjaezados y tantos palafreneros cuajados de oro, que deslumbran á la multitud, dejándola estupefacta. Llegó, pues, Adán á su presencia, y no embarazado de temor, sino con la sumision y afable respeto que á su superior naturaleza se debia, profundamente inclinándose, le dijo: «Espiritu celestial, pues no es posible que hermosura tanta provenga más que del cielo: ya que descendiendo de los supremos tronos, te dignas de abandonar por breve tiempo aquellas mansiones venturosas para honrar estas otras con tu presencia, haznos á los dos que aqui vivimos, á quienes el Soberano del mundo ha otorgado la posesion de morada tan espaciosa, haznos la merced de reposar en este umbrio albergue, tomando asiento, y gustando los más sazonados frutos de este jardin, hasta que ceda el calor del mediodia, y más benigno el sol, vaya declinando.»

Y el Angel con la mayor dulzura le respondió: «Á esto he venido, Adán. Tal como has sido creado, y dueño de una mansion como la presente, bien puedes invitar áun á los mismos espíritus celestiales á que con frecuencia te visiten. Llévame, pues, á ese apartado recinto cubierto de sombra; tengo para estar contigo desde esta hora del mediodia hasta que comience la noche.» Y se encaminaron ambos á la campestre vivienda, que como el asilo de Pomona, se cobijaba entre fragantes flores. Allí estaba Eva, sin otra gala ni adorno que ella propia, más encantadora que la Ninfa de los bosques y que la más bella de aquellas tres diosas que en el monte Ida sostuvieron desnudas la competencia de su hermosura;

(1) El país es la isla de Grecia, en el mar Jónico (golfo de Venecia), llamada un tiempo Feacia, despues Corcira, y últimamente Corfú.